

se lograra mucho el trabajo que se empleaba. Según escribe al Rey el P. Domingo Marín, Provincial de Chile, el 26 de Noviembre de 1718, sostenía la Compañía por entonces 18 misiones de infieles. Véase la breve indicación que sobre ellas nos da: «Tiene esta provincia de la Compañía 18 misiones repartidas por la tierra que ocupan los indios. Una teníamos en Nahuelhuapi, lugar no muy remoto de Chiloé; mas el año pasado la destruyeron los indios matándonos a un Padre y a otros españoles. De las otras misiones, cinco son de indios amigos, reducidos a pueblos, y por eso viven conforme a nuestra santa religión, confiesan, comulgan, oyen misa y se les hace la doctrina y se casan todos por la Iglesia.

Las otras 13 se componen cada una de diversas parcialidades de indios, que en distritos de veinte, treinta y más leguas, viven dispersos por los montes y campañas. En unas y otras misiones son indecibles los trabajos que padecen los misioneros en el cultivo de naturales tan agrestes e indómitos. Pero sin comparación son mayores los que se toleran en estas últimas, no tanto por las incomodidades que se recrecen, siendo necesario para doctrinarlos andar en continuas correrías, buscándolos en sus propias chozas o ranchos, cuanto por ver que no es igual el fruto que corresponde a la fatiga, no porque repugnen o no admitan la predicación del Evangelio, que antes voluntariamente ofrecen ellos mismos sus hijos para el bautismo, sino porque después de bautizados no se ajustan sus costumbres a la profesión de cristianos, de que tienen el nombre, no la vida» (1).

Este carácter de los indios, indómito y rebelde a la moral evangélica, ponía en grave conflicto a nuestros Padres, quienes dudaban algunas veces si convendría bautizar a los niños, constándoles que en llegando a la edad mayor habían de vivir como gentiles. La seguridad de que muchos párvulos (tal vez más de la mitad de ellos) morían antes de poder pecar, les animaba a dispensar largamente las aguas del bautismo. De esta condición de aquellos neófifos nació una anomalía que llamaba la atención en aquellas misiones, y era el corto número de casados en comparación del gran número de bautizados. Vamos a copiar un fragmento interesante de cierta carta que dirigió al Provincial de Chile en 1712 el misionero Jorge Ignacio Burger. Había man-

(1) Archivo de Indias, 78-1-51.

dato poco antes nuestro P. General, Miguel Angel Tamburini, que le enviasen catálogos de los neófitos, para que él los pudiese mostrar en Roma a la Congregación de la Propaganda. El P. Burger, antes de ejecutar esta orden dirigió al P. Provincial las siguientes reflexiones:

«Nuestro P. General para acreditar nuestras misiones pide un catálogo de los bautizados y casados, y temo no quedemos desacreditados con lo mismo con que pretendemos acreditarnos. En la misión de Purén, en tiempo del Gobernador Poveda casó el P. Bernardo la Barra 3.000 indios, por lo cual Quiroga le sacó la copla: Un Bernardo valiente hizo tres mil indios santos de repente. Los más de estos indios después de casados por la Iglesia, se casaron a su usanza con diez mujeres, algunos más, algunos menos. Con este escarmiento no nos atrevemos los misioneros a casar a los indios por la Iglesia, y habiendo en las misiones muchísimos bautizados, apenas hay tal cual casado. En la Congregación de la Propaganda tiene la Compañía acérrimos émulos. Si estos ven que en el padrón de nuestras misiones hay muchísimos cristianos y casi todos casados a la usanza de gentiles con muchas mujeres, se holgarán de tener materia de tacharnos o de idiotas o de temerarios, por imprimir el carácter de cristianos en el bautismo a los que declaradamente no quieren ajustarse a la Ley de Cristo. Yo confieso que no ajustara con mi conciencia el bautizar a los párvulos de estos bárbaros, a no constarme que las madres con la embriaguez aplastan o matan de hambre a muchísimas criaturas. Para enviar éstas al cielo, sin escrúpulo bautizo todos los chiquillos, aunque me consta que si maduran, han de seguir los ritos gentilicos y no la Ley de Cristo» (1).

Igualmente melancólicas son las afirmaciones de otros misioneros por aquellos años. Examinóse principalmente este negocio en el año de 1717. Gobernaba entonces la diócesis de Concepción, a la que pertenecían las tierras de Araucanía, el fervoroso prelado D. Fr. Juan Nicolalde, amigo sincerísimo de la Compañía. Deseando conocer a fondo el estado de aquellas misiones y ver lo que podría hacer de su parte para el bien espiritual de aquellos pobres indios, pidió informes circunstanciados a los princi-

(1) Santiago de Chile. Archivo arzobispal, t. 5, n. 115. Burger al P. Provincial, Arauco, 27 Diciembre 1712.

pales misioneros. Accediendo a los santos deseos del buen prelado, respondieron con sendas cartas los PP. Juan de Rabanal, Juan Bernardo Bel, Juan de Lucinán, Miguel Vázquez de Vasconcellos, Pedro Mayoral, Juan Pérez y Juan Ignacio Zapata. Todos convienen en el poco fruto espiritual que se recoge y en la terca resistencia que hacen los indios a renunciar a los dos grandes vicios: la embriaguez y la poligamia. No hay modo de arrancarles sus concubinas ni a la hora de la muerte.

El P. Zapata, que era superior de aquellas misiones, después de declarar estos vicios de los salvajes, añade estas palabras: «Es verdad, Ilmo. Sr., que no nos quitan los indios el decir misa, el predicar y la administración libre de los Sacramentos; pero no hacen caso de lo que les decimos, así privada como públicamente, cerrándose en que estos son los estilos de sus antepasados. Razones contra nuestra santa fe no alegan. A todo dicen que así será; pero no quieren dejar sus vicios y abusos para vivir como cristianos. La embriaguez y la lujuria son los dos impedimentos mayores que hay entre esta gente y así el mejor medio que se puede escoger es, que los españoles se pueblen como antiguamente en la tierra de los indios o que los indios se junten en pueblos, donde conozcan justicia que por parte del Rey los gobierne» (1).

Entre las cartas de los demás misioneros citaremos como la más clara y significativa la que escribe al señor Obispo el P. Bel, misionero de Toltén. Empieza asentando, que en los cinco años que asiste en aquel pueblo, ha bautizado 1.568 personas. Así lo puede mostrar por el libro de bautismos, que lleva cuidadosamente. De todos estos bautizados le consta haber muerto 250, pero no puede asegurar cuál será la suerte de muchos que viven retirados en los montes. Las almas que tiene a su cuidado son poco más o menos 5.820, que se distribuyen en esta forma: 420 hombres y 420 mujeres casados por la Iglesia; 540 polígamos con sus mujeres, que llegarán a 1.300. Mocetones y solteros de doce para arriba, 600; solteras de la misma edad, 750; muchachos hasta doce años, 840; muchachas hasta dicha edad, 950. Total, 5.820. De estos habrá unos 200 que no están bautizados.

(1) Archivo de Indias, 78-1-51. En este legajo están reunidas las cartas que luego citamos, dirigidas por los misioneros al Sr. Nicolalde. Entró este prelado a gobernar la diócesis de Concepción en 1716.

En cuanto al punto de los que viven cristianamente, conviene distinguir. Si por vivir cristianamente se ha de entender los que guardan la Ley de Dios, confesándose cada año y que tengan dejadas las borracheras y supersticiones de *machitunes* (hechiceros), se puede decir que hay pocos o ningunos. Si se entiende más latamente, de los que están casados por la Iglesia y acuden los domingos a misa y oyen la doctrina, y cuando están enfermos llaman al Padre para confesarse, habrá más de 300 con sus familias, que llegarán a unas 1.000 almas. No copiamos las otras noticias que suministran los demás misioneros, porque todos convienen con los dos citados en la escasez del fruto espiritual que se recoge en aquellas arduas misiones.

Una honrosa excepción debemos hacer en favor de la isla de Chiloé y de otras llamadas de los chonos, al Sur de la misma. Desde que un siglo antes se habían presentado los primeros jesuitas en aquellas regiones, que por entonces se miraban como el extremo meridional de Chile, habían observado, que los indígenas de aquellos países eran más dóciles a las enseñanzas del misionero y aceptaban con menos dificultad las reglas de la moral cristiana. Esto mismo observaban los jesuitas a principios del siglo XVIII. Era ciertamente trabajoso haber de evangelizar a indios dispersos por muchas islas, separadas entre sí por un mar agitado y a menudo tempestuoso. Pero el fruto espiritual que tocaban con las manos nuestros jesuitas, les hacía olvidar las privaciones y molestias que habían de padecer en aquellas peligrosas navegaciones. En 1713, el P. Ignacio Alemán, en cierta relación sobre nuestras misiones dice así: «En la provincia de Chiloé tiene la Compañía un colegio incoado, que es lo mismo que colegio de misión, en la única ciudad que hay en esta provincia, llamada Castro... Los religiosos de la Compañía de Jesús que asisten en esta provincia suelen ser en número de seis, y los cuatro continuamente andan de isla en isla, catequizando, bautizando y enseñando a numeroso gentío de indios que hay en dichas islas. Los trabajos que padecen son muchos, por ser el clima destempladísimo y de continuas y repetidas lluvias» (1).

Con más claridad y precisión explica el P. José Imoff, escribiendo al Sr. Nicolalde, la condición de aquellos isleños y el re-

(1) Santiago de Chile. Bibl. Nac. Mss. *Jesuitas, Chile*, 100. Relación breve y sucinta del P. Ignacio Alemán, 1713.

sultado práctico que se logra con nuestros ministerios apostólicos. Oigamos sus palabras: «Es Chiloé un archipiélago de más de treinta islas, temple húmedo y frío. En Castro hay ordinariamente cuatro Padres. Los dos misioneros se ocupan todo el verano en recorrer las reducciones por mar y tierra. Hay golfos bravos y corrientes rápidas en el mar. Se hace mucho fruto. Los indios son dóciles e inclinados a cosas de Dios. No hay en ellos ninguno que no sea bautizado, ninguno que tenga dos mujeres, ninguno que no sepa la doctrina cristiana y las oraciones acostumbradas. Se aficionan al culto divino, y cuando pueden, sin que sean compelidos, oyen la misa con gran devoción. Todos los años se confiesan, y los capaces comulgan y muchos de ellos repetidas veces entre año. El Viernes Santo se azotan públicamente en la procesión. Cuando llega el misionero en su piragua corren todos a la playa y le acompañan a la iglesia, rezando todos, chicos y grandes. En cada isla se detiene más o menos el Padre, según el número de gente. Estos días de misión son de pascua para los indios. No se ocupan en trabajo alguno y quedan atendiendo sólo al bien de sus almas. Oyen la doctrina, se bautizan los párvulos, se confiesan los adultos y reciben la comunión. Lo que se hace en el verano por las islas se ejecuta en el invierno por tierra en los pueblos que rodean a Castro en la isla de Chiloé. En general el fruto es considerable» (1). Por estos datos puede colegir el discreto lector, que si los jesuitas de Chiloé trabajaban con mucho consuelo, en cambio los demás debían ejercitar su celo apostólico en una materia sumamente rebelde y refractaria al influjo de nuestra sagrada religión. Así procedían las cosas, cuando de repente sobrevino la gran catástrofe de 1723.

4. Era el tercer alzamiento universal de todos los araucanos contra el dominio español. El primero había sido en 1599, cuando empezaron su empresa sorprendiendo en una noche y matando al Gobernador de Chile, D. Luis de Loyola. El segundo había acontecido en 1655, y ya vimos en el tomo anterior la parte que cupo a los jesuitas en aquella gravísima tribulación. El tercero fué este de 1723. No hubo que sepamos causas especiales que pudieran promover tan violenta erupción. La razón principal fué sin duda el observar que los españoles iban aumentando en aque-

(1) Archivo de Indias, 78 1-51.

llas tierras, se iban apoderando de todos los bienes y posesiones y había peligro que quisiesen obligar a los araucanos a servirles como esclavos. Este odio mortal al servicio de los españoles fué sin duda la causa de que se convinieran todos los caciques indios, para levantarse en armas y acabar a sangre y fuego con todos los españoles que hubiera al Sur del río Biobío.

Habían determinado dar la voz de la sublevación el 21 de Marzo de 1723; pero sucedió que pocos días antes un español, dicho Pascual Delgado, mató a cierto cacique de Toltén. Esto irritó el furor de los araucanos en aquel pueblo, los cuales el día 8 de Marzo empuñaron las armas y cayendo súbitamente sobre la casa de Pascual Delgado, la incendiaron y le mataron a él y a otros dos españoles que le acompañaban. Saltada la chispa, prendió al instante el incendio, y la voz de guerra corrió como un rayo de un extremo al otro de Araucanía. Miles de indios salieron al campo con sus armas y empezaron a dar caza a los españoles que vivían descuidados en aquellas tierras. Cautivaban a sus mujeres e hijos (cuando no los asesinaban despiadadamente), pegaban fuego a sus casas y saqueaban todo lo que podía servirles de alguna utilidad (1).

Un fenómeno curioso se observó en medio de tan deshecha tempestad, y fué que los indios no hicieron daño a ninguno de los Padres jesuitas que vivían entre ellos. Más aún: habían tenido la precaución algunos caciques de avisar un mes antes a los Nuestros el movimiento que se preparaba. El P. Ignacio de Arcaya, procurador enviado a España por la Provincia de Chile en 1730, en el memorial dirigido al Rey hizo notar la fidelidad y amor que mostraron algunos bárbaros a los misioneros jesuitas, «dándoles noticias de su general sublevación... y esta noticia fué anticipada al alzamiento general cerca de un mes, con que pu-

(1) Sobre este alzamiento de los araucanos hablan todas las historias de Chile. En el archivo de Indias, 78 1-2, pueden verse reunidos los documentos más autorizados sobre este hecho: 1.º La Audiencia de Santiago al Virrey del Perú. Santiago, 23 Marzo 1723.—2. El Gobernador de Chile, Cano de Aponte al Rey. Yumbel, 26 Abril 1723.—3. El Provincial de la Merced al Rey. Santiago, 7 Mayo 1723.—4. El Provincial de los Agustinos al Rey. Santiago, 8 Mayo 1723.—5. El Provincial de los dominicos al Rey. Santiago, 8 Mayo 1723.—6. El Provincial de San Francisco al Rey. Santiago, 9 Mayo 1723.—7. El Obispo de Santiago al Rey. Santiago, 1 Marzo 1724. El objeto de todas estas cartas es anunciar la gran catástrofe y pedir socorro para restaurar el dominio español en aquel país.

dieron los dichos misioneros comunicar la noticia al jefe principal que gobernaba las armas en la Concepción». Sensible fué que los españoles no dieran crédito al aviso de los misioneros y no tomaran las precauciones que pedía la prudencia en un suceso tan alarmante (1). El primer resultado que se siguió a esta imprevisión, fué que los rebeldes quedaran enteramente dueños del campo en la primera explosión revolucionaria. Los españoles dispersos en la Araucanía corrieron a refugiarse en los fuertes más próximos, como eran los de Purén, Yumbel, Arauco y otros que existían a las márgenes del Biobío.

La Compañía de Jesús sostenía entonces once misiones en el territorio ocupado por la revolución. El P. Juan Francisco de Castañeda, en un memorial dirigido al Rey en 1725, las enumera por este orden: 1, Toltén; 2, Donguel; 3, La Imperial; 4, Recopura; 5, Boroa; 6, La Boca de La Imperial; 7, Purén; 8, Colue; 9, Culé; 10, Arauco y 11, Santa Juana (2). Veintidós Padres misioneros asistían por entonces en estos once puestos. Todos hubieron de salir sin llevar consigo los más otra cosa que la ropa que tenían puesta, habiendo perdido todas las alhajas y ornamentos de las iglesias y el menaje de las casas, por haberlas quemado los indios. Pudieron sin embargo poner en salvo algunas alhajas y ornamentos en los pueblos de Arauco, Purén, Colué, Culé, ya por hallarse más próximos a los sitios seguros, ya por la fidelidad de algunos araucanos, que conservaron cuidadosamente estas prendas de sus queridos Padres. No sin lágrimas se retiraron de sus iglesias aquellos santos misioneros, consumiendo primero el Santísimo Sacramento, al saber que se acercaban las tropas de los bárbaros sublevados. Las plazas hacia donde se retiraron fueron principalmente Concepción, al Norte y Valdivia, al Sur de Araucanía. Algunos se recogieron en el fuerte de Yumbel y otros se encerraron en el de Purén, donde animaron a la guarnición española, que resistió allí largo tiempo a los asaltos de los indios y el asedio pertinaz con que hostigaron los rebeldes a tan importante plaza.

No debemos omitir que nuestros Padres no solamente salvaron sus personas en esta catástrofe, sino también fueron causa

(1) Archivo de Indias, 78-1-51. Memorial del P. Ignacio de Arcaya al Rey.

(2) Véase este memorial en el legajo citado, 78-1-51 del Archivo de Indias.

de que se salvaran no pocos españoles, a los cuales perdonó el enemigo por respeto a los jesuitas. Fué muy característico lo que sucedió en la misión de Recopura. Lo vamos a referir con las palabras del P. Enrich, quien tomó sus datos principalmente de la historia del P. Olivares. «Apenas sonó el grito de alzamiento, cuando los españoles de aquellos contornos, viendo inevitable su muerte en lugares tan internados en la tierra de Araucanía y tan distantes de los fuertes o plazas de armas, se refugiaron a la casa de los misioneros, confiando de poder salvarse en ella. No había, en verdad, sido infundado su terror, ni tampoco quedó frustrada su confianza. Pronto estuvo aquella comarca invadida por los rebeldes y no tardó en verse rodeada de ellos la casa de la misión. Nadie, sin embargo, se atrevió a forzar su puerta.

Saliendo a ella uno de los Padres, preguntó a los araucanos con la mayor serenidad: ¿A quién buscáis?—Venimos, respondieron ellos, en seguimiento de unos españoles. Entregádnoslos y nos retiraremos. Lejos de condescender con su demanda, el valiente y caritativo Padre les replicó. —¿No sabéis que la iglesia es un asilo seguro de todo desgraciado, del cual no es permitido sacar violentamente a nadie, ni siquiera a un malhechor? ¿Cómo pues queréis que yo os entregue a esta multitud de hombres, mujeres y niños, inocentes los unos por su edad y los otros por ser pacíficos moradores de estas tierras, habiéndose amparado en este lugar sagrado? Advirtiéndole el Padre por una parte, que se calmaba el furor de los amotinados, a medida que se iban convenciendo de sus razones, y por otra viendo que no era posible permanecer allí mucho tiempo seguros ellos y sus compatriotas, entró en transacciones. Después de haber agasajado a los rebeldes con lo que pudo, se retiraron todos a Purén. Aprobaron los indios su retirada, pero no que esta fuese a Purén, alegando que el grueso del ejército araucano estaba acampado allí y se había apoderado de todos los pasos; por lo cual sería mejor que se fuesen a Valdivia.

Aunque la distancia era mayor, siguieron los jesuitas este consejo, y con aquella virtud mágica con que poco antes habían desarmado a los rebeldes, hicieron ahora que estos los acompañasen. Escortados por los mismos amotinados fueron los dos Padres misioneros con unos 80 españoles hasta La Imperial. Allí los recibió el cacique D. Alonso Nahuelhuala, que hubiera querido conservarlos a su lado; pero viéndose amenazado de los su-

ynos, porque no se rebelaba contra los españoles, tuvo que despedirlos mal de su grado. Con todo no los despidió solos, sino bien custodiados y con ellos se fué también el Padre que cuidaba de aquella misión» (1). Parecidas escenas ocurrieron en otros pueblos de aquellas misiones. Por respeto a los Padres jesuitas, a los cuales se miraba cómo intangibles, dejaron con vida los feroces araucanos a varios españoles a quienes protegió la sombra benéfica del misionero. Estos rasgos aislados de respeto y aun de amor a los Padres, no pudieron excusar la profundísima aflicción que todos experimentaron al ver derribada en tierra en pocas semanas la obra de once misiones, que les había costado inauditos afanes durante medio siglo. No estará de más advertir, que las islas de Chiloé y las más meridionales de los Chonos, ninguna parte tuvieron en esta revolución. Estas islas como apartadas de los araucanos por el océano y habitadas por indios de costumbres enteramente distintas, se mantuvieron fieles a los Padres y continuaron en la vida cristiana y tranquila que desde un siglo antes habían abrazado.

5. A la revolución araucana había de suceder naturalmente la reacción española. El Gobernador de Chile, D. Gabriel Cano de Aponte, puso al instante sobre las armas a 4.000 españoles. No sabemos si hasta entonces se había visto un ejército español tan numeroso en aquellas tierras. Esto era indicio evidente del crecimiento que alcanzaba la población española, la cual en nuestros días vemos llegar a unos 4 millones en la república chilena. Si por otro lado se recuerda que los araucanos no conocían las armas de fuego, y que éstas se habían perfeccionado considerablemente en Europa desde la guerra de los treinta años, no será difícil adivinar cuál sería la suerte de la lucha en aquel país. Efectivamente, Cano de Aponte dispuso una serie de malocas o guerrillas por el territorio de Araucania, que fueron causando gravísimo daño a los indios rebeldes. No hubo grandes batallas campales. Aquello fué un continuo hostigar al enemigo, causándole diarios perjuicios, sin permitirle tomar nunca ninguna ventaja notable. Así continuó la guerra los años 1723, 24 y 25.

Convenciéronse los araucanos de que no podían continuar la lucha, y de que se verían arruinados indefectiblemente por los españoles. Es natural. El salvaje puede dar un golpe impetuoso;

(1) Enrich, t. II, p. 122.

pero continuar una guerra prolongada y metódica, es propio solamente del hombre civilizado. Ya el 30 de Diciembre de 1724 nuestro Rey Felipe V había expedido una cédula real, concediendo perdón a los araucanos y mandando al Gobernador que procurase atraerlos a algún concierto pacífico y razonable. D. Gabriel Cano, que por su parte deseaba terminar la guerra, tomó muy a pechos el asentar la paz; pero ¿cómo entenderse con aquellos indios tan hoscos y ciegamente prevenidos contra el español? El gran remedio para salir del paso fué, en ésta como en otras ocasiones, el misionero jesuita.

Valióse el Gobernador del P. Diego de Amaya, hombre muy conocido y respetado entre los araucanos. Este penetró entre ellos y empezó a exhortarles suavemente a la paz. Bien la deseaban los infelices, pues conocían los grandes daños que les traía la continuación de la guerra. Empero costaba al Padre mucho trabajo persuadirles, que los españoles deseaban establecer honradamente la paz. Aquellos bárbaros iracundos tenían fijo en su mente el pensamiento de que toda paz ofrecida por el español, era una trampa maliciosa, para apoderarse de los indios y someterlos a esclavitud. No se desalentó el P. Amaya con estas primeras impresiones. Fué poco a poco suavizando los ánimos de aquellos salvajes. Ya por sí, ya por medio de otros Padres, fué haciendo una propaganda pacífica y convenciendo a los indios de que se trataba realmente de establecer paz verdadera. La venerable persona del Obispo de Concepción, Sr. Nicolalde, contribuyó a completar felizmente la acción del P. Amaya. Este les hizo saber que el venerable prelado se interpondría en favor de los indios y no debían temer ningún fraude, estando amparados por la persona más respetada entre los cristianos.

La suave influencia de los misioneros que veían junto a sí, y la venerable persona del prelado que desde lejos les ofrecía generosa protección, determinaron a los indios a venir a concierto. Convocóse un parlamento general en la villa de Negrete y a ella concurrieron unos 150 caciques o ulmenes de los indios acompañados por unos 2.000 indios armados. Por parte de los españoles presentáronse en Negrete el Gobernador Cano de Aponte, el Obispo Sr. Nicolalde, D. Martín de Recabarren, Oidor de la Audiencia de Santiago, el Deán de aquella iglesia, los Alcaldes de la misma ciudad y D. Manuel de Salamanca, Maestre de Campo general del ejército español. En pos del Sr. Nicolalde aparecía